

NUEVO AÑO LITÚRGICO: bendiciones, recomendaciones y exigencias

Nada como comenzar un nuevo día contemplando cómo las tinieblas se van disipando ante la oleada de claridad que nos va inundando. Experiencia semejante es aquella que nos permite contemplar cómo un año litúrgico va dando paso al siguiente, con todo lo que este trae de bendiciones y exigencias.

Este año litúrgico que comenzamos trae para nosotros un regalo muy grande, la misericordia de Dios. La razón, el ocho de diciembre comenzamos ***el año de la misericordia***. *El misterio de la misericordia, es fuente de alegría, de serenidad y de paz. Es condición para nuestra salvación. Misericordia: es la palabra que revela el misterio de la Santísima Trinidad. Misericordia: es el acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro. Misericordia: es la ley fundamental que habita en el corazón de cada persona cuando mira con ojos sinceros al hermano que encuentra en el camino de la vida. Misericordia: es la vía que une Dios y el hombre, porque abre el corazón a la esperanza de ser amados para siempre no obstante el límite de nuestro pecado. [Misericordiaevultus 2]*

Experimentar la misericordia de Dios es entrar en el misterio de cuánto nos ama Dios. Este año estamos invitados a cruzar la puerta santa para entrar en la experiencia de este misterio, el amor de Dios hecho realidad en nuestra vida. Todo el año y todos los signos que este nuevo año litúrgico trae consigo nos hablarán de la misericordia de Dios. En este mundo, agitado por la violencia, los intereses económicos desmedidos, las ambiciones que nos impiden ver a los demás como hermanos, la Iglesia nos invita a dejar los rápidos de nuestro itinerario existencial, para entrar en los remansos de la misericordia de Dios. No se trata de hacer grandes cosas, solo dejarnos amar por Dios, sentir su amor y su cercanía y, así, cobrar sueldo de hijos suyos. Todos los vacíos de amor de nuestra vida que, incluso a veces se nos hacen enfermizos y problemáticos, pueden ser llenados por el amor de Dios en este año que iniciamos. Dios nos ayude a abrir nuestro corazón a su amor de Padre.

En este Año de la Misericordia, Dios nos regalará la oportunidad de leer ***el evangelio de san Lucas*** en las celebraciones litúrgicas. San Lucas es de hecho el evangelio de la misericordia. En él podemos contemplar a un Jesús misericordioso, orante, preocupado por los pobres y despreciados de la comunidad, un Jesús que transpira el amor de Dios por nosotros. En él -san Lucas- habiendo investigado con diligencia, nos presentó -por su orden- los acontecimientos, tal como sucedieron, para mostrarnos la solidez de las enseñanzas que hemos recibido [Lc 1,1-4].

Con san Lucas comenzaremos a celebrar el Misterio del Señor Jesús desde los preparativos que invitan a la espera, hasta contemplar su nacimiento y las reacciones que este provocó [Lc 1,5-2,52]; estaremos en los preparativos de su ministerio y en su ministerio en Galilea Lc [3,1-9,50]; subiremos con Él a Jerusalén formándonos y creciendo como discípulos Lc 9,51-19,27]; le acompañaremos en su ministerio en Jerusalén, en su pasión y muerte [Lc 19,28-23,56] y compartiremos con los discípulos sus experiencias de encuentro con el Resucitado [Lc 24,1-53]. Durante todo este recorrido procuraremos experimentar la misericordia de Dios manifiesta en el pensamiento, la palabra, los gestos, los signos, las actitudes y la persona del Señor Jesús, rostro visible de la misericordia del Padre.

Nuestra Diócesis de Tapachula se verá bendecida, en este año litúrgico que empezamos, con *el eje temático de la misión*, rostro de la misericordia de Dios hecho quehacer pastoral. A Dios gracias, este año la secuencia de ejes temáticos que venimos reflexionando y han venido permeando y orientando nuestro andar, nos lleva al tema de la Misión. No podemos pensar en la misión como algo ajeno al gran amor que Dios nos tiene. Es su amor el que nos hace misioneros, portadores de la Buena Noticia de la salvación que Dios Padre nos ofrece en su Hijo Jesús. Llevar este anuncio alegre a nuestros hermanos es fruto del gran amor que Dios nos tiene, es su amor el que nos mueve y es ese mismo amor el que se manifiesta y crece en todos aquellos que reciben con un corazón sencillo el alegre mensaje del evangelio. Cuánto nos ama Dios que nos hace partícipes de su obra. Cuán agradecidos hemos de estar por esto.

En el horizonte de este nuevo año litúrgico que estamos a punto de comenzar, Dios nos conceda la gracia de unirnos a la alegría de Iglesia, cobijados por el manto suyo de la misericordia que nos da serenidad, alegría y paz.